

ARÍSTIDES BASTIDAS: DE MONAGUILLO A PIONERO DEL PERIODISMO CIENTÍFICO EN VENEZUELA

Soraya Villarreal

Coordinación de Información y Medios. Dirección de Asuntos Públicos
Universidad Simón Bolívar (Caracas, Venezuela)

Dirección postal: Universidad Simón Bolívar. Carretera nacional Hoyo de la
Puerta-Baruta. Edificio Biblioteca, nivel Jardín, oficina BIB J04

svillar@usb.ve

Resumen

Arístides Bastidas fue un periodista científico venezolano, cofundador de la Asociación Iberoamericana de Periodismo Científico y del Círculo de Periodismo Científico de Venezuela. Fue reportero, gremialista, político, autor de numerosos libros de divulgación científica y formador de jóvenes periodistas. “La Ciencia Amena” era el nombre de su columna diaria.

Palabras clave:

Arístides Bastidas, Círculo de Periodismo Científico de Venezuela, Asociación Iberoamericana de Periodismo Científico, La Ciencia Amena, Premio Kalinga.

ARÍSTIDES BASTIDAS: FROM MONACILLO TO PIONEER THE SCIENTIFIC JOURNALISM IN VENEZUELA

Abstract

Arístides Bastidas, a Venezuelan science journalist, was a co-founder of the *Ibero-American Association of Scientific Journalism*, and of the *Circle of Scientific Journalism of Venezuela*. He performed as a reporter, politician, popularizer of science, and spokesman for the Association of Venezuelan Journalists. *Amusing Science* was the title of his daily column

Key words:

Arístides Bastidas, Circle of Scientific Journalism of Venezuela, Ibero-American Association of Scientific Journalism, Amusing Science, Kalinga Prize.

Tiempos iniciales

Es difícil hablar de la vida de Arístides Bastidas desligándola de la historia del país. Ambas tienen los matices de grandes cambios, evoluciones y envuelven ciertas dosis de perspectiva ulterior.

La de Arístides fue una existencia que en su inicio y vista en estos tiempos, luce lejana, un poco ajena. Las dos primeras décadas del siglo XX del país, justamente cuando ve luz nuestro protagonista, estuvieron marcadas por las convulsiones políticas y los grandes cambios de estructura institucional.

Caudillos iban y venían en su afán de control. Varios años y muchos mandatos después, con experiencias algunas buenas otras no tanto, marcaron la historia del país de la que formó parte Arístides. (foto 1)

En sus primeros años, la vida de Arístides se vistió de verde, fueron los campos donde vivió jugando los testigos de aquel niño inocente. Eran otras las condiciones de vida, otras las costumbres, la forma de crecer, de ver el mundo y de formarse una idea del futuro.

La oscuridad de los pueblos aún se mantenía porque en muchos no había llegado la electricidad, ni los aparatos modernos que mostraban realidades lejanas. En 1924, cuando en San Pablo, pequeña población del estado Yaracuy, nació Arístides Bastidas, las oportunidades de emprender una vida diferente en el campo eran escasas, las posibilidades de ver mejoras en sus condiciones de vida eran contadas, pero las expectativas que tuvo su mamá hicieron que el porvenir de su hijo tomara otro rumbo.

Sobre esta etapa de su vida el mismo Arístides recordaba que había en su pueblo mucho espacio para correr, para ver la luz, para jugar y compartir con los vecinos, pobres, pero de grandes condiciones humanas... "De allí viene mi alegría de vivir, y, sobre todo, de mis padres que también eran pobres y que se amaban y nos amaban. Eran tiempos de la educación autocrática, los padres mandaban y los hijos obedecían. Hubo entre nosotros mucho afecto y, a pesar de la escasez, nunca nos faltó el Niño Jesús, los Reyes Magos, la plata para los flucesitos ni los zapaticos dominicales".

No sabían Castorila y Nemesio, padres de Arístides Ramón Bastidas Gámez, que muchos años después aquel hijo al que tuvieron que sacar de su pueblo y mandarlo a Caracas en busca de más oportunidades, sería reconocido con uno de los premios de mayor prestigio, el Kalinga, precisamente por su empeño, ese que le vino de su familia, de ser un traductor de la ciencia, de poner la investigación científica, los resultados que salen de los laboratorios, de los libros con códigos indescifrables, en lenguaje amigable, atractivo y con los rasgos del ánimo que lo acompañó a lo largo de su carrera, y que dejaron su huella en La Ciencia Amena, columna de divulgación de la ciencia que mantuvo durante veinte años desde 1971 en el diario El Nacional, y en los catorce libros editados donde escribió sobre todos los temas que mueven al mundo.

Con ocho años de edad su madre lo puso al servicio de la Iglesia, y sirvió de monaguillo en el pueblo de Guama.

Ya en la capital, vivió este hombre de pueblo los años duros originados por los cambios políticos, sociales y económicos del país. Probó suerte siendo vendedor de arepas, cuidando enfermos mentales, sirviendo en un restaurante, limpiando zapatos con su cajoncito bajo el brazo como cualquier niño necesitado, de esos que se fueron con el tiempo y que ya no se ven en las ciudades.

Se enamoró de la vida, se acostumbró a hacer del trabajo la única arma para combatir todo lo que esa misma vida le puso a su paso, contando las tantas enfermedades que con los años fue acumulando en su cuerpo, y mostró a los más escépticos que aún con limitaciones físicas, las ganas de trabajar doblegan los males. La fuerza que encontró en los amigos que le rodearon lo ayudó en su lucha por demostrar mediante su propio ejemplo los frutos que dan la constancia y la honestidad, el desprendimiento de lo material, la sinceridad y la sonrisa.

El trabajo como forma de vida

Sus inicios en un medio de comunicación fueron en 1944, como coeditor y comentarista de noticieros de radio en las emisoras Radio Libertador, Radio Continente y Radiodifusora Nacional de Caracas.

Posteriormente, en 1945, cuando tenía 21 años pasó a formar parte de los reporteros del diario Últimas Noticias, donde necesitaban a alguien que hiciera un trabajo de calle sobre los precios de la carne, que habían subido de 0,50 a 0,75 bolívares. Es imposible hacer una conversión de esta cifra en cualquier moneda, porque en la actualidad, y al ritmo que lleva la economía, esa fracción del bolívar sólo existe en el recuerdo de quienes la usaron.

Es en esa Venezuela - la de la transición de una economía rural, basada en la agricultura con rubros como el café y el cacao como los principales productos de exportación y sustento de la riqueza del país, a una economía apoyada en la explotación del petróleo- donde dio el salto Arístides. Así como los cambios generados por el nuevo producto extraído del suelo originaron los grandes movimientos demográficos del país, en esa misma tónica andaba el novel periodista quizá sin saber, buscando un espacio donde verter todo lo que la fiebre de la escritura le había traído.

Dos años de reportero de calle en Últimas Noticias le dieron suficiente experiencia para enfrentar nuevos retos. Pasó entonces al diario El Nacional, donde trabajó como reportero de sucesos y de la fuente policial. Ese sería no sólo su lugar de trabajo durante más de 40 años, sino el espacio donde vivió, donde formó a cientos de estudiantes en el campo que le ocupó desde los años 70: la divulgación científica; donde hizo amistades con personajes públicos, artistas, científicos, presidentes, primeras damas, y desde donde activó la verdadera "artillería del pensamiento" para lograr todo cuanto quiso, incluyendo objetivos impensables, como premios nacionales e internacionales y reconocimientos de universidades cuyas aulas nunca pisó, porque sólo alcanzó a llegar hasta primer año de bachillerato, pero donde le reconocieron su tesón para formarse y ser ejemplo de autodidacta riguroso. (Foto 2)

Fue en ese diario donde aparecieron sus primeras encuestas, informaciones y reportajes acerca de un concepto desconocido hasta ese momento: la conservación ambiental. Su sensibilidad por el cuidado de los espacios

naturales, por la explotación de recursos y por el mal trato del hombre al ambiente que lo rodea, sin duda le vino de su niñez, pues se consideraba privilegiado de haber vivido en el campo, de haber jugado con animales que en las ciudades no existen, de haber sentido la brisa de los montes rozando sus mejillas, de haberse despertado con el canto de los gallos y los pajaritos silvestres, de haber podido bañarse en las aguas puras de los ríos de los pueblos que de niño conoció y de haber disfrutado de la sencillez de vivir con escasos recursos pero rodeado de tanta riqueza natural.

Resumir el trabajo de Arístides resulta un verdadero ejercicio de síntesis, puesto que no sólo se dedicó a escribir, sino que se activó políticamente militando en el Partido Comunista de Venezuela. Creía febrilmente en la posibilidad de una sociedad, a su modo de ver, más justa, más a favor de los necesitados y desposeídos, de allí que nunca hubiera aceptado ninguna prebenda como sindicalista, otra actividad que concretó con la fundación y dirección del Sindicato Nacional de Trabajadores de la Prensa, por pertenecer a la Organización Internacional de Periodistas, del Instituto de Previsión Social del Periodista, junto a otro gran luchador y pensador del momento, Manuel Isidro Molina, y de la Seccional de la Asociación Venezolana de Periodistas del Estado Lara.

Sabía que tenía el privilegio de usar la palabra para convencer, para decir de mil formas las cosas que incomodaban a unos cuantos, pero de tal manera lo supo hacer que nunca ganó enemigos frontales, sino más bien uno que otro que pretendía opacar sus acciones de modo indirecto. En sus años de lucha y como reportero sindical y de la fuente política obtuvo el respeto de sus compañeros y la amistad y el odio de algunos políticos.

Sufrió los severos años de la dictadura de Marcos Pérez Jiménez, precisamente por oponerse a ese estilo opresivo de conducir un país. Durante ese tiempo estuvo como corresponsal del periódico en Barquisimeto, estado Lara, donde pagó cárcel por un tiempo y donde se enfrentó a la tortura. Muchos de los males que más tarde atrofiaron su cuerpo se iniciaron cuando encarcelado lo bañaban cada cierto tiempo con agua helada, a manera de someter sus ideas, pero despertaron el monstruo de la artritis.

En el periodismo de la época se conoció a Arístides con los seudónimos de Clímaco Guevara, Salomón Gómez, Juan del Cárcamo, Julio Caminos, pero el que más lo identificaba era el que formó con su primer nombre y primer apellido, ARBAS.

Cuando consiguió en el periodismo científico su pasión, no restringió sus esfuerzos por ser el mejor. Ya había algunas experiencias en algunos medios, sin embargo, aprovechó ese vacío para hacerse un nombre dentro de ese campo, para hacerse de un visado que le daría entrada en los principales centros de investigación y promoción científica del país y para codearse con hombres cuyos nombres tocaban la cima en materia de publicaciones científicas en revistas internacionales.

En 1969, después de haber conocido a Manuel Calvo Hernando, otro baluarte del periodismo científico en España, fundó la Asociación Iberoamericana de Periodismo Científico, con la idea de ampliar el radio de acción de la obra de divulgación, y así comenzar la formación de jóvenes periodistas en esta especialidad, que si bien aun no estaba muy bien recibida en los centímetros por columna de los diarios, sabía que perseverando y aprovechando cualquier espacio o momento habría cabida para uno que otro artículo.

Más tarde, fundó el Círculo de Periodismo Científico de Venezuela, a través del cual logró captar seguidores para la edición de la revista Ciencia al Día, además del patrocinio de instituciones y empresas de diversas áreas. Fue bajo la dirección de Arístides, en 1987, cuando Ciencia al Día obtuvo una mención especial como medio de divulgación científica, otorgada por el Centro Interamericano de Periodismo Científico.

“La herramienta contra la ignorancia” como Arístides denominaba el trabajo de traducir la ciencia, fue ganando entonces más espacios, ya no sólo en los diarios sino también en las aulas, a través de los cursos de periodismo científico para jóvenes periodistas en América Latina y El Caribe, donde no sólo contó con la presencia e instrucción de los grandes de la especialidad a nivel internacional, sino que consiguió la participación de científicos preocupados por la divulgación. Para él, una de las grandes responsabilidades del periodismo científico era la de luchar contra la dependencia tecnológica e informar al público sobre esa dependencia y de la necesidad de alcanzar un desarrollo integral.

La idea que sobre la ciencia y la necesidad de divulgarla al público tuvo Arístides Bastidas desde sus inicios en este campo era de la “sembrar conciencia acerca de la importancia de la ciencia para la elevación cultural del pueblo, del fortalecimiento de la docencia, del enriquecimiento del conocimiento universal, la proyección del mejoramiento de la calidad de vida mediante el desarrollo de tecnologías para multiplicar los bienes de las fábricas y los frutos en el campo, así como para mejorar los servicios públicos”.

Lo que Arístides pensaba de las ciencias, de los periodistas, de los investigadores y del periodismo científico lo dejó plasmado en el prólogo de uno de sus libros: *Ciencia y Tecnología: Dos bienes sociales* (1985), donde dice “que el lenguaje del periodismo científico es el mismo que habla el pueblo. El oficio de nosotros los periodistas no es el de oscurecer las aguas para que parezcan más profundas, usando un lenguaje ininteligible; es todo lo contrario, llevar la claridad a donde esté la confusión y llamar las cosas por el nombre con el que las conocen los lectores. En el periodismo científico estas normas son exigentes porque éste reclama además los recursos de la amenidad y el buen humor... Y en este empeño de decir lo complicado en forma sencilla, no siempre sacamos 20 puntos. A veces se escapan yerros porque trabajamos con instrumentos con los cuales no estamos bien familiarizados y porque las implacables máquinas del diario no esperan y urgen prontitud”

Un mar de conocimientos en las profundidades de cientos de páginas

A partir de 1973, Arístides concretaba otro proyecto que le daría mayor proyección a su actividad como divulgador científico: la edición de libros, gracias a los contactos que había cultivado con su empeño como traductor de la ciencia y al nombre que se había hecho y que se venía fortaleciendo en el área.

Con la redacción de informaciones de divulgación científica, instalado en la Brujoteca, como llamó a su oficina en El Nacional y a donde acudieron cientos de periodistas a aprender de Arístides las formas de convertir la ciencia en palabras sencillas y mensajes directos a sus lectores, comenzó la publicación de sus obras.

Fueron catorce libros donde pudo a sus anchas hablar de los temas científicos que quiso y todos eran lectura obligada para sus pasantes de El Nacional, pues eran el mejor ejemplo de divulgación que podía mostrar, aparte de la acumulación de columnas que aparecían de martes a domingo.

El primero es *La Ciencia Amena*: recopilación de todas sus columnas, editado en 1973 por la Dirección General de Cultura de la entonces Gobernación del Distrito Federal. Posteriormente, en 1978, publicó *Rafael Vegas: Reportaje Biográfico*, con la editorial Seix Barral, donde mostró la vida de este personaje que perteneció a la Generación del 28, grupo de estudiantes universitarios que protagonizaron en 1928 un movimiento de académico y estudiantil que derivó en enfrentamiento con el régimen de Juan Vicente Gómez.

En 1979, con el apoyo del Centro de Investigaciones Agrícolas y Pecuarias, Ceniap, publicó *Aliados silenciosos del progreso*, un compendio de diecinueve entrevistas hechas a investigadores de ese Centro, como “un tributo a aquellos hombres preocupados que en sus laboratorios, en sus campos y en todas sus acciones, exploran el intrincado mundo de la naturaleza, donde lo que afecta la vida tiene importancia”.

Mención especial merece *El anhelo constante*, publicado en 1981, pues es la obra que recoge todos sus escritos humanísticos, y en el que se muestra un Arístides más profundo, que miraba la vida como un reto diario; estaba confinado a una silla de ruedas a raíz del accidente automovilístico que sufrió en 1972, y ya su cuerpo mostraba otras dolencias que agravaban su infortunio.

En el prólogo de esta obra, el historiador Ramón J. Velásquez expresa que “es un libro destinado a perdurar. El secreto de la fuerza mensajera de esas páginas y de su inevitable vigencia son explicables. La retórica, los adornos, las frases fofas y sin sentido están desterradas de ese texto que simplemente traduce el pensamiento y los sentimientos de un hombre que se enfrentó a todas las dificultades y trasmutó la amargura en alegría, en fe, en pedagogía optimista. Expresa su verdad y la verdad es desnuda como la estatua de Venus. El Ahnelo Constante es perdurable, sencillo, poético, pedagógico porque en cierta forma es la autobiografía espiritual, el autorretrato sentimental de Arístides Bastidas”.

Los órganos del cuerpo humano: ¿Cómo funcionan? es el quinto libro de Arístides, editado en 1981 por el entonces Concejo Municipal del Distrito Federal; le sigue *Hombres de la salud y la ciencia en 1982*, editado por el Ministerio de Sanidad y Asistencia Social, donde el autor destaca y resalta los aportes que en el campo de salud y la docencia han hecho los investigadores del área.

En 1983 publicó *El átomo y sus intimidades*, con información detallada y accesible al público, dirigida especialmente a los jóvenes, explica lo que son las partículas elementales, las diferencias en los isótopos de un mismo cuerpo o la desintegración controlada del núcleo, cuya fuerza ha sido domesticada para que sea útil.

Un año después, la Biblioteca del Congreso de Estados Unidos solicitó al gobierno los libros *El átomo y sus intimidades* y *El anhelo constante*, a fin de incorporarlos a su vasta bibliografía, y en Venezuela, ambas obras se vendieron a beneficio del Banco de Silla de Ruedas, institución en la que se involucró Arístides para ayudar a quienes como él requerían de esta ayuda técnica para enfrentar la vida.

Ciencia y Tecnología dos bienes sociales, es el libro editado por la Imprenta Universitaria de la UCV en 1985 y que contiene el discurso que pronunció Arístides Bastidas en París en 7 de mayo de 1982 durante la entrega del Premio Kalinga. Allí aparece además el mensaje que el profesor y político senegalés Amadou-Mahtar M'Bow, Director General de la UNESCO dirigió a Bastidas, y en el que expresó que “gracias a un coraje fuera de lo común, asociado a una gran capacidad de análisis y síntesis, adquirió desde muy temprana edad la costumbre de formular de forma clara la atractiva idea que dicta la memoria”.

En 1985 también publicó *Científicos del Mundo*, editado por la Academia Nacional de la Historia; le siguen *Nuestros compañeros de hábitat*, en 1987, y *La tierra morada de la vida y del hombre*, en 1990, cuya edición la realizó el Instituto de Tecnología Venezolana para el Petróleo, Intevep.

En 1991 se editaron tres obras más: *Los padres del conocimiento*, donde se recrean los grandes descubrimientos científicos de la humanidad; *Una revolución de cavernícolas*, recopilación de varias ediciones de su columna *La ciencia amena* y donde destaca los orígenes de la actividad agrícola; y *Las plantas y sus 13 residencias*, libro didáctico en el Arístides que incorpora escritos sobre biología, geografía, biogeografía y botánica.

En las entrañas de La ciencia amena

Hasta 1991, cuando *La Ciencia Amena* cumplió 20 años, Arístides Bastidas llevaba publicadas más de 4.500 columnas de unas 800 palabras cada una, que suman 3 millones 600 mil palabras, “material suficiente para hacer una enciclopedia de diez tomos sobre más de treinta disciplinas del conocimiento

científico, según el periodista Asdrúbal Barrios, quien fue uno de sus pasantes. A los efectos del Premio Kalinga se enviaron a París, en 1981, unas dos mil columnas, las cuales salieron victoriosas del análisis que hizo el jurado calificador.

Son muchos los recuerdos que guardan quienes fueron sus pasantes y que convivieron con Arístides en la Brujoteca. Llegaba temprano en la mañana, casi siempre era el primero en entrar a su sitio de trabajo. En una especie de conciliábulo se reunía con sus pasantes para analizar los temas sobre política, cultura, deportes, economía, eventos internacionales y todo lo que estaba reseñado en la prensa, como parte importante de la decisión que más tarde debía tomar el grupo acerca del tema que sería la base de la próxima columna. Una vez determinado el objetivo, emprendían la búsqueda de información en todos los libros, enciclopedias, diccionarios y cuanto folleto y revista tuviera para enriquecer sus escritos. Quienes trabajaron con él en la Brujoteca recuerdan una anécdota que contaba Arístides en medio de carcajadas: le encomendó a uno de sus pasantes un trabajo sobre la fiebre del oro, y éste le oyó “la fiebre del loro”. Al final, cuando el joven había agotado todos los recursos, le dijo “profe, no conseguí suficiente material sobre esa enfermedad que ataca a los loros”.

En 1982 cuando le dieron en Premio Kalinga, el director de la UNESCO, Amadou Mahtar M'Bow le preguntó a Arístides si él era totalmente ciego; y Arístides, sabiendo que el personaje es africano, le dijo: “sí, pero no necesito ver para saber que usted y yo somos del mismo color”.

Su oficina en El Nacional era su aula, como también lo fueron las cátedras en la Escuela de Periodismo de la UCV, y los cursos de periodismo científico patrocinados por el Instituto de Estudios Avanzados, IDEA; además de los cursos para liceístas que se iniciaron en la sede de la Sociedad Venezolana de Ciencias Naturales.

La lista de premios que recibió en vida, además de los reconocimientos después de su muerte el 23 de septiembre de 1992, dan cuenta de la importancia del trabajo que desarrolló este incansable periodista, quien encontró en el trabajo la fuerza de creación y cambio.

Premio Nacional de Periodismo en 1961 y 1968; Premio Latinoamericano de Periodismo Científico John Reytemeyer en 1970; Profesor Honorario de la Universidad Central de Venezuela y Miembro de Honor del Instituto de Cultura Hispánica nombrado por el gobierno español en 1976; Profesor Honorario de la Escuela de Formación de Oficiales de las Fuerzas Armadas de Cooperación en 1978; Profesor Honorario de la Universidad Simón Rodríguez en 1979; Orden Diego de Lozada del Concejo Municipal de Caracas y Orden Bernardo Dolante del Sindicato Nacional de Trabajadores de la Prensa en 1980; Premio Kalinga de la UNESCO 1982; Símbolo de la Semana de la Conservación en 1988; Premio Anual de Periodismo 1990 de la Conferencia Episcopal Venezolana; Premio Capire de la Universidad de Florencia, Italia en 1992.

El legado de Arístides Bastidas a su país que tanto amó, está no sólo en las miles de columnas donde escribió sobre ciencia, ni en sus libros con los que contribuyó a entender mejor al hombre, sus pensamientos y acciones, sino también en la cantidad de jóvenes que se formaron y que encontraron en el periodismo científico una herramienta para el entendimiento de la ciencia y la transmisión de nuevos conocimientos, en la elevación de un oficio que encontró más allá de los avatares del día a día, y en la fuerza que supo extraer de su cuerpo disminuido por los males que le aquejaron.

Se sobrepuso al accidente que lo dejó en silla de ruedas por veinte años; padeció de soriasis, artritis, ceguera a causa de la diabetes, los últimos años los vivió con una traqueotomía que le impedía hablar y aun así, la vida para él era un canto, su estado siempre era “chévere, cambur”, y su picardía seguía formando parte de su actuación diaria. Sus palabras estaban reflejadas en las jornadas que emprendía cada mañana, decía ser no otra cosa que un labriego “contento de cultivar su huerto con la mayor dedicación. Y si algún mérito tengo, reside en la terquedad con que hago la siembra, y no en la abundancia de los frutos que cosecho”.

Es imposible imaginar lo que hubiera hecho Arístides Bastidas, ese gigante del periodismo científico, con herramientas como las que ofrecen en la actualidad las tecnologías de información y con los motores de búsqueda que ponen en segundos millones de páginas a los ojos del lector. Así como imposible sería imaginarlo en medio de tantos cambios que ha vivido desde su partida en 1992 el país que dejó, donde siguieron los golpes de Estado, las revueltas sociales y las revoluciones que se creían superadas gracias a la democracia instaurada en aquellos lejanos días del año 1958.

El nombre de Arístides Bastidas aparece hoy en día en más de 2.700 sitios de Internet, incluyendo el blog lacienciamena.blogspot.com, donde están reseñados todos los libros y donde Félix González B., mantiene el grupo La Ciencia Amena y conserva el espacio “en homenaje al Gigante Inmóvil y Labriego del Periodismo Científico, Arístides Bastidas, dedicada a la publicación en serie de sus escritos, que publicara en su columna ‘La Ciencia Amena’ durante un cuarto de siglo al servicio del diario El Nacional”.

Fotografías

Foto 1: Arístides Bastidas



Foto 2
Arístides Bastidas en la “Brujoteca”

